

Tres textos

1

Las patas de los caballos se van entrelazando horizontalmente mientras avanzan por la avenida de los eucaliptos. No hay ninguna disonancia en el galope y el ritmo que llevan. Ni aun cuando el viento oponga sus barreras, las cabezas mantienen su plano de equilibrio como si las masas de los cuerpos fueran cortando el aire, disociadas de la revolución estática que se mueve de las grupas para abajo. Son dos rosillos que corren paralelos, poseídos por la simetría y la perfección; aguzados vaya a saber por qué sentido y hacia qué final.

Más allá fulguran los bosques. Sus humedades reciben ya los dardos del sol y se van transformando en espirales de polvo que suben hacia las copas de los árboles. Los caballos sin jinete han pasado dejando atrás las líneas verdes del horizonte, las matas de pasto donde permanece ingravida la mañana, las ramas laterales del camino que podían adivinarse, la agudeza inútil de la mirada que ya no consigue alcanzarlos. Todavía pesan los temblores del galope en el aire, un latido que es apenas fosforescencia en el oído, poco a poco apagándose como un fuego fatuo.

Galopaban por el camino entre los eucaliptos, sus ancas iban luminosas, apretadas por la tensión inmóvil de un movimiento reprimido que dejaba en libertad sólo las patas y que servía de punto de apoyo al ritmo absoluto y horizontal de los cascos. Las cabezas sobresalían por encima del plano de los cuerpos, las crines rubias flotantes, pero detenidas por la fuerza contraria del viento, su maraña dibujada a buril en el espacio, las orejas como si no percibieran las trepidaciones de los bazos sobre el suelo. A medida que desaparecían, eran dos manchas de luz rosada tenue entre las sombras de los eucaliptos.

El sol se devoraba la frescura de los troncos del bosque y el agua subía en columnas de vapor hasta perderse en el cielo. Los follajes a la distancia se mecían con un vaivén lento, oprimidos por la espesura de la atmósfera de la mañana. La luz ha ido penetrando en la densidad de la sombra. Sus haces bajan entrecortados por las hojas y el ramaje.

Los caballos pasaron, pero todavía vibra su aliento. La noción clara de ese galope alejándose, persiste. La lucha entre la velocidad entregándose al avance por la calle de los eucaliptos y la cadencia de las grupas resistiéndose a las verticales, no termina. La claridad del día va siendo cada vez más intensa, el sol pronto caerá sobre los pastos, la brisa no será viento y la atmósfera se habrá detenido.

Las crines iban erectas, unidas a las ancas en un manojo apretado que se desparramaba hacia abajo y a lo largo de las patas se abría en un resplandor de hebras finísimas, casi terminales de espuma. A lo largo de la avenida, los pastizales repetían el ondular de las colas. Sincronía de las crines y los pastos con

un efecto de imán de unos sobre otros, disociación entre las grupas y las patas móviles, tiempos diferentes del redoblar de los cascos y de las melenas de los árboles en el horizonte.

Dos esculturas del color de la tarde que pronto habrá de caer, talladas sobre el espacio de la mañana, desfigurándose a medida que las patas de los animales se abren paso por la calle de los eucaliptos, despojándose de sus líneas y límites según el ritmo del avance, masas espaciales perdiendo su volumen y peso, ya presas de la distancia.

Se fueron por la avenida, a su paso los pastos se inclinaron hacia el monte espeso, allí donde la humedad ascendía en vapores hasta volatilizarse. Las grupas de los animales sin jinete llevaban un movimiento horizontal, independiente del tumulto de las patas desmigajando los terrones de la calle. Los eucaliptos, desmelenados a esa hora de la mañana, se alineaban guardando distancias iguales que se iban estrechando según las manchas rosadas desaparecían en el infinito.

Las orejas, antes de alejarse, se destacaban como si sus líneas perfectas fueran incisiones de buril marcadas sobre el aire. Las colas se expandían en una exhalación, la espuma de sus abanicos vibraba, absorbiendo la electricidad del tiempo de los cascos sobre el suelo. No era que las patas se despegaran del camino como palos de tambor, sino que una pata iba pasando por encima de la otra, pero sin seralzada, con movimientos de cuchara, apenas insinuando la violencia del avance, despreocupados por las distancias que poco a poco se acortaban en dirección del horizonte. Más perceptible, sin embargo, ese movimiento que la suave armonía de las grupas acunándose con las crines revueltas en el centro. Nubes rosadas, alejándose, trepando sus veladuras difusas por debajo de la línea del horizonte aquel. Muy lejos, pero muy lejos, las frondas se agitan como leones somnolientos. Las gotas de agua brillan sobre las cortezas, iluminan las telarañas, se entretejen en las rugosidades. Los caballos ya van pasando pero la humedad cae lenta, confundida con la resina de los troncos.

Una calle flanqueada de eucaliptos cuyas copas se tocan y a lo lejos dos grupas de caballos sin jinete que se pierden hasta desaparecer. Cuando la mirada podía precisar sus contornos, lo que primaba era el color rosado del pelaje, las líneas buriladas de las crines desparramándose a medida que los animales avanzaban pero, sobre todo, una incoherencia entre el estatismo de las ancas y la vertiginosidad de las patas, como si fueran dos autonomías que pugnarán entre sí para ganar espacio en la carrera.

A lo lejos había un bosquecillo, espeso, extendido sobre la franja del naciente, con humedades y vapores que ascendían por la insistencia del sol, en ese momento a pique entre las ramas del follaje. Humaredas adivinadas entre la hojarasca, fronda que mueve el aire, ni siquiera brisa, de la mañana. Una





masa de árboles indistintos, entremezcladas las especies que suben de sur a norte por el este, un oleaje de verde que trasmite desde allí ramalazos de humo que el ojo no alcanza pero adivina, que el tacto no aprecia pero intuye.

Lo que se ve, lo que no se ve, los caballos cerca, los caballos lejos. El transcurso no llega a ser tiempo. Cuando la mano esculpe a buril las cabelleras, los rosillos empiezan a alejarse por la avenida de los eucaliptos hacia la sombra del horizonte. El polvo que levantaron los cascos no se esfuma y los caballos ya no están. Las colas terminales de espuma pasaron del primero al segundo plano en una sucesión veloz y de allí en adelante se fueron empujando hasta agotar la imagen.

En la habitación se despojan de la ropa, las piernas desnudas rozan las superficies de los muebles. Las partes salientes del cuerpo sobre lo cóncavo, las depresiones en la convexidad de los fieltros. El goce no asciende en una curva esbelta, remonta solo un

camino a medias, es apenas un círculo en el agua que se anuncia y no llega a formarse.

Entorpecidas por el pulso lento de la siesta, han elegido esa hora sin claroscuros, cuando el sol agrieta los territorios más expuestos del globo. Los espejos sirven para repetir las perturbaciones hacia el fondo y el frente, a los costados no hay más que las ventanas de un lado, la gran puerta del otro. Son tres, cubiertas por una levísima capa de pelo. Humareda a flor de piel, lado nocturno de la siesta, atmósfera de fondo de caverna, de glaciario despejándose ante los ojos del primer visitante de los siglos. Las matas más profusas tienen la placidez de animales ovillados en un regazo, casi ronronean por entre sus belfos húmedos.

Maestras en contracciones: basta una presión, una apoyatura, una superficie de tensión y resistencia. No hay palanca sin apoyo, dicen, girando los brazos y empujando los senos hacia el eje anterior principal de los cuerpos, esa ligerísima raya que es la columna ventral de las hembras y que las disocia desde el nacimiento. Conocen el ángulo más abierto para el placer, aquel que puede descoyuntar, pero también saben del otro infinitamente más apretado, boca de calamar, gigante de la carne que no se deja vencer.

Los muebles sirven para librarse a las conspiraciones del amor. Mesas a la altura del sexo, sillones como conchas de mar, taburetes para cabalgar que giran bajo las nalgas apretadas, cortinas espesas que se dejan abrazar. Están solas, no necesitan de nadie. Pero en algunos de sus gestos se percibe un clamor por la presencia del hombre. Aun no ha llegado el momento de abrir la puerta y las nalgas a los instrumentos que vendrán a estremecer el vértice inferior del corazón. Quieren retardar todavía el ofrecimiento, hasta el límite de lo resistible, suspender la gota en el momento de la caída, estrangular el brote que se abre al contacto con el aire.

Una de ellas se arrodilla sobre la mesa, con sus movimientos crea sucesivas esculturas. Cuatro patas, mostrando la flor violácea del culo hacia el norte, la raya blanca de la cabeza apuntando al sur. Con las manos: palmas hacia arriba, hacia abajo; dedos en crispación, dedos distendidos en medusa moribunda. Los pétalos de la flor que señala al norte se cierran sobre la corola y vuelven a abrirse, las estrías se hunden en el centro y se aflojan como si tuvieran movimiento respiratorio. Un dedo se desliza, abre el círculo de la o. La o se entrega, se deja ensalivar, enternecer por la frescura mientras el canal imprime ritmo al vaivén, alegría al sollozo.

Dedos que aíslan los labios exteriores, después los interiores, dedos que alcanzan el badajo de la campana, el que agranda los diapasones del recinto. Las tres, buscándolo entre los labios, apartando las matas hasta encontrarlo y ofrecerlo al mismo espacio especular que un momento antes había reflejado la flor violácea. Bocas sobre bocas, aguas propician-

do la succión, pezones mojados, alertas como ciervos en medio del bosque, instantes femeninos produciendo su propia materia, imponiendo sus recursos.

Puntuaciones, paréntesis prolongados, interrogantes que no piden respuesta: oficio del deseo. Oficio de oficiar, que no necesita consumarse ni consumirse. Escritura de una sobre otras, puntas de placer, puntos de goce, incisión solitaria. Sólo la humedad. Un sexo extendido, nada que ver con los caballos, sobre él no se puede galopar, pero los caballos se lanzarían sobre él enceguecidos por el espacio abierto.

2

La entrada de los hombres siguió a una negligente apertura de las cortinas, cuando ya se acababa la tarde. Sacaron afuera sus falos brillantes, en medio de los efluvios de tanto amor convocado. Penes de ojos asombrados, piafantes frente a los requerimientos del placer, testículos firmes, suaves como piel de durazno, separados por un tenue borde a recorrer, puntas fálicas como cascos de guerrero.

Presión sobre el borde del casco y deslizamiento de entrada vaginal sobre aquel; avance a lo largo aplicando la misma entrada contra el nacimiento de los testículos; retirada nuevamente hacia la protuberancia de la punta; balanceo sobre el eje en giros de 45 grados y, con audacia, de 180, aprovechando la horizontalidad; insistencia sobre el borde del casco en posición lateral enfrentada; nueva insistencia sobre ese borde sintiendo al máximo su deslizamiento con el mismo vértigo de las caídas fundamentales; insistencia una vez más contando con la durabilidad pero permaneciendo en el caso.

Humedad decreciente a veces por los incesantes abandonos; recuperación de acuidad por amplias progresiones salivales deteniendo papilas sobre ojo de Polifemo y llevando al fondo del paladar las levisimas gotas no consumadas. Total admisión en la boca con presión al límite de la tentación de la dentellada en el momento del pasaje por la cabeza. Presión de labios y retención hasta que la punta hace vibrar la campanilla de la garganta. La oralidad aumenta los llamados de la vagina, urgida, devorándose los desfallecimientos, las exigencias impostergables. Aceptación en vagina con una languidez cercana al suicidio, con un afloramiento de textura de pétalo de flor que recibe, si se pudiera decir, el rocío de la mañana; con una delicadeza tal en la retención y la entrega que sólo se podría pensar en el reino vegetal, que prodiga sus esporas al viento.

De espaldas ahora, con miembro que se abre paso entre las nalgas semiabiertas y se detiene en cada pulsación sobre el círculo del ojo del culo que hasta ahora ha restringido toda entrada, en solidaridad con las otras puertas. Vibración no obstante y creación tímida de esfínteres. Llamado de clítoris ante ausen-

cia de contacto por posición tomada. Cambio. Elevación de ancas, el punto de apoyo ahora las manos y rodillas sobre el suelo y marcha hacia adelante soltando el pene, luego recuperándolo en un breve retroceso. La evasión y la aceptación crean una ansiedad que se corrige en el momento del grotesco. Escenas recogidas por el espejo del norte: hombre en la penetración clásica, siendo admitido por mujer en apertura horizontal reconociendo ambos la aflicción de un cuerpo que tiene que mantenerse sobre los codos y que, de abandonarse sobre la totalidad del otro, horizontal, impediría sus movimientos. Insistencia no obstante en esa irracionalidad. Enseguida, recepción y penetración en una dialéctica cuya síntesis no deja filtrar las obsesivas caídas en el dualismo que ha mal dividido al mundo. Ambos ahora sentados de frente, con piernas pasadas unas por encima del otro y torsos apretados. El espejo convoca al reino vegetal en esa flor de dos cabezas que puede dar vueltas sobre su corola en equilibrio. Composición ahora en cuatro unidades corporales sobre el suelo, con alegorías y participación de la voz.

La voz actúa principalmente sobre la garganta pero algunos sonidos suben por el velo y van abriéndose camino hasta la nasalización. Simultáneamente garganta y nariz, al mismo tiempo el descenso a los graves y la entrada a los agudos. La voz viene trepando ya decantada por la cavernidad interior del cuerpo. Las voces se debilitan en las aproximaciones más estrechas, pero las gargantas se abren para acompañar los nuevos ritmos del grupo. Ahora levantan los brazos verticalmente sobre la cabeza para entibiar la columna vertebral. La voz acompaña los temblores del vientre y los estiramientos de las vértebras en búsqueda del calor, la voz se quiebra en los momentos en que en una parte del cuerpo se produce el placer que luego va subiendo, este placer, arterialmente hasta ampliar todas las cajas de resonancia.

Del útero al vientre y del vientre a la boca la medida de la resonancia solamente puede ser revelada por la voz. Una vagina se inicia con un chasquido que recorre las cavidades del cuerpo hasta alojarse en la boca. Del chasquido seco al beso mojado; del chasquido al aullido que termina en la garganta. El sonido brota de una respiración que se corta, reinicia, jadea, recomienza, abandona. Diferentes instantes del jadeo, intenso, precipitado, aunque la urgencia del amor va apretando el sexo; largo y extendido cuando el amor logra sus prolongaciones más amplias. Prolongación, por ejemplo, de la sensación del pasaje del pene desde el clítoris a la vagina requiere o se manifiesta en un jadeo plano con estridencias de grito. El grito final saca afuera la celebración; allí en los sonidos sucesivos y de variantes interminables se está revelando la historia anterior al lenguaje, cuando los escenarios tenían la forma del placer.

Sobre todo en la boca después se reconoce deseo.





3

El amor no es como el pájaro, no canta, ni denuncia, ni se anticipa, ni defiende la espontaneidad. Ahí se queda, expectante, sin ninguna ambición de poder. Si le sucede someter a otro, exigir, penetrar conspirativamente, desnudar sin anuencia, buscar un final feliz y fracasar en ese intento, si le sucede postrarse admirativamente frente a los atributos del otro desmereciendo los propios, si tiene que apelar a un trabajo en vez de pensarse como una revolución permanente, si se distrae con pobres imágenes, si piensa en el hambre y la saciedad, si se preocupa por la abstinencia de la carne, la anticoncepción, la prenatalidad, el contubernio feminista-antifeminista, si se encierra en el dogma de la especie animal en-dos-filas-tomando distancia-de frente-march, si empieza a desgranar teorías posicionales denigrando las menos audaces y sintiendo ser campeón en las aventuras del cuerpo, si piensa en la flagelación pero no encuentra instrumento (y pone demasiado énfasis en no tenerlo) o en la sodomía pero no se sabe valer de la untuosidad al alcance de los dedos, si es aparatoso y gritón, declamador y optimista... más vale que se llame a silencio. Cuestión de esperar.

Más allá de la superficie insegura de la piel hay un hundimiento en la espesura hasta el borde de los labios, muelles, luego tensos en el momento de la presión. En el trayecto las yemas insinúan, modelan, registran, asaltan *hasta encontrar la diferencia*. Del nudillo a la muñeca, de la espalda a la cintura, de una cervical a la dorsal. Contornos, agudezas, repliegues imperceptibles pero significantes en el espacio que ocupan. Buscando, o tal vez dejándose estar en el tránsito, sin ninguna obstinación, entreviendo quizás nuevas organizaciones de piel, condensaciones inéditas de materia, ofrecimientos latentes a la espera del dedo que los incite, de la mano que los despierte.

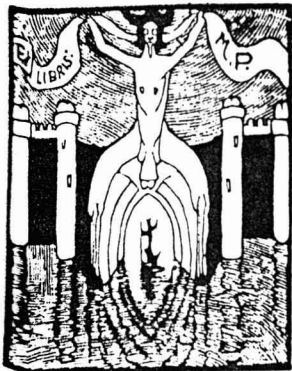
Contra toda la retórica de la luz esgrimida para beneficio del amor, las penumbras legitiman la dimensión pura del tacto, el vértigo del olfato, las trepidaciones del jadeo, la respiración entrecortada cerca del oído, el desvanecimiento de la voz que no sabe decir.

Es un callejón sin salida, la tengo en la punta de la lengua, de los labios, voy a empezar a formularla, la punta en la lengua, la punta entre los labios, que se insinúa, insiste, abandona, vuelve a recuperarse entre dos espacios por los que se cae a la superficie



interna de un recinto. Va a brotar, la palabra, como una yema vegetal que apenas se insinuaba en el tallo, va a morir en su propia elaboración para volverse a producir en el movimiento. Forma dentro de la forma, el acto es infinito, maníaco, repetitivo, siempre recommenzado.

No es posible la imagen. Ni el paraíso, ni el descenso a los infiernos, tampoco la hollada primavera siempre a flor de los labios del amor. La idea de una persecución, tal vez. El movimiento de la persecución se da en ese zigzag. No, más que un vaivén de segmentos iguales, se trata de una ida y una vuelta que enlazan. La segunda, un tramo de la primera: el nudo peruano, eso mismo, que va creando una textura ondulante, carnosa, de volúmenes redondos. Qué extraña constitución, el lazo que une lo que está detrás con lo que está adelante, y en medio un canal en sombras, húmedo y desesperado, prensil, laxo, que de un punto a otro del segmento, genera todas las tribulaciones y significa ambos polos, los inflexiona sin que uno tenga supremacía sobre el otro, pero sí formas de entrega diferentes según el objetivo se desplace con una idea de unidad o elija la alternancia en un primer momento y la totalidad después. El mecanismo sólo es dualista



para ser descripto, pero por su multiplicidad jamás podría instalarse en el blanco y el negro, ni en anverso y reverso, nunca en el dos.

Cuando el movimiento enlaza el adelante y el atrás, en el canal oscuro acecha una punta inteligente, autónoma, un látigo que va exasperando a la palabra del deseo hasta corromperla y desintegrarla. Está allí para exigir que la persecución recommence.

El tercero viene a disputar un espacio, a hacer un señalamiento. No es más que una ausencia presente en medio de los dos, apenas un esbozo. Su cuerpo no está pero se filtra su imagen en los intersticios de la sábana. Algunas veces sobrevuela como forma femenina y en el trayecto se vuelve intensamente fálico. Roza, presiona, penetra, se confunde en las ondulaciones de la piel, humedece. Pero no tiene más nombre que ese letargo desapasionado.

Poseídos por el tercero, los dos se entregan a un develamiento sin premura, lento, como si en cada movimiento dejaran palpar una entrega más lejos, o más al fondo. Avances, recapitulaciones en medio de la noche. La voluntad se desespera por destruir al tercero, por matarlo en el momento mismo en que renace y se recupera para dejarlo vivir como un aliento perpetuo.

Por momentos se desvanece, se oculta en el ritmo de los dos cuerpos que se buscan y se desprenden, y vuelve a aparecer en las intermitencias del goce. No viene para interrumpir, sino para producir la composición de una figura. No se inmiscuye, puesto que su presencia ha sido invocada.

Sobre la pared se reflejan los árboles del parque, e incluso es posible seguir el paso de los automóviles en su dimensión estricta. Un auto se detiene sobre la copa de un árbol e interfiere la vibración de sus hojas. No ha roto ningún principio: hace guiños con sus faros e ilumina el follaje. En una rama duerme un vagabundo. El olor de las magnolias sube hasta él en su belleza más espectral y mórbida.

La escena se reconstituye, el tercero pone en funcionamiento su mecanismo, le imprime sus revoluciones. Como en un eco se van registrando las caídas y los ascensos de los cuerpos, sus chasquidos particulares. Dos superficies que se juntan y súbitamente se separan, aprisionan y dejan en libertad esa gelatina sin ruido pero existente para el oído cercano. Como la resonancia de un párpado que se estira y se suelta, como los labios que se apoyan en la superficie de un globo, presionan y luego se apartan dejando la pura vibración.

Antes del sueño, aprovechando vaya a saber qué fisuras, una memoria ajena emite una sucesión de caras y cuerpos desconocidos. Salen del agujero sin parar, ni siquiera dan tiempo a un reconocimiento. Imágenes de otros, tal vez colectivas, se van incorporando hasta constituir su historia personal sobre la pupila. Parecen naufragos desesperados, claman por su existencia, no ceden el espacio conquistado. En la pared, las ramas se han sacado el auto de encima.